

Cárceles en tensión

LAS cárceles españolas están al borde de la explosión. El indulto que no llega no es tan peligroso como la repetición de usos y abusos carcelarios que parecían llamados a desaparecer. El último, por ahora, el motín de la prisión de Valencia.

DOS senadores Cela y Martínez Bjorkman han ido a ver al preso más conocido del país. Al hombre que ocupó las páginas de sucesos durante años como el enemigo público número uno. Tal vez la razón de su persecución tan pública estuviera en la necesidad de tapar con sucesos otras noticias que no debían salir a la luz, pero todo esto es pasado. Eleuterio Sánchez discutió con los dos senadores el método a seguir en una investigación sobre los problemas reales de los reclusos y las soluciones necesarias.

L director de la cárcel de Córdoba lanzó su protesta irritada por la grabación de la entrevista, y ha sido cesado. Pero no se trata de discutir si era lícita la introducción de un magnetófono y la publicación de las palabras de visitantes y visitado. Entonces y ahora, lo importante, lo único importante, era y es hallar un método de conocer la realidad de las cárceles españolas y otro método para reducir las condenas en lo posible y tratar de reinsertar en la vida pública a miles de personas encarceladas.

POR otra parte, el preso común advierte cómo muertes violentas, revestidas de intencionalidad política, pero no por eso menos graves y repugnantes, están siendo objeto de amnistía, mientras que los delitos incruentos no son considerados amnistiables, y ello desata la contestación y la violencia.

Los motines en las cárceles españolas fueron noticia hasta convertirse en costumbre. El primer brote de lucha que salió a la calle fue una violenta ruptura de nuestro mundo de este lado de la reja. La segunda, la tercera, la cuarta, la quinta vez, fueron episodios conocidos que no sorprendían a los que estábamos acostumbrados a ver muertos civiles y de uniforme, bombas y llamadas al monte.

A los partidarios del orden les parece inaudito un indulto acompañado, incluso, de seguro de paro. A los partidarios de la libertad les parece increíble que sigan existiendo seres humanos sobreviviendo en condiciones de extrema dureza. A todos nos debía parecer inadmisibles la utilización de la mano de obra forzada con salarios forzados; dedicada a trabajos casi inútiles por lo que tiene de mal pagados y poco formativos.

ES un problema de difícil solución, pero tiene que existir otra alternativa que la reclusión como castigo diario, generadora de inadaptaciones y reincidencias. La sociedad no puede limitarse a «sacarse de encima» al delincuente. Sería mantenerse en una pena de muerte administrada a plazos, en la misma línea de dureza legal de «extirpación» del miembro enfermo, en lugar de intentar curar todo el organismo, y, sobre todo, comenzar desde la medicina preventiva.

LAS cárceles están a punto de explotar al unísono. No se puede pensar en sostener una guerra entre Policía y reclusos como forma de vida. Hay que empezar a trabajar en la única dirección eficaz, en la solución real y definitiva. Y que los reclusos vean que se trabaja, comenzando por una reclusión más digna hasta que llegue el momento de revisión de cada expediente, haciendo factible la confianza del preso social en una sociedad, nosotros todos, que acaso le ha predestinado al presidio con sus «ghettos» y su abandono. En cualquier caso, nos ponemos ahora en la lógica del preso común: «salen los que han matado y quedan dentro los que hemos robado». A ver qué se atesta a esto.